

–Nunca las sombras son iguales, pero en Ginebra soy el hombre invisible.

Yo he conocido también muchas ciudades, pero sueño con regresar a Buenos Aires»

Y por ahí sigue la plática, sin perder la dimensión humana, las coincidencias básicas de estos dos hombres tan diferentes e iguales, tan igualmente contradictorios y transgresores.

El otro punto es la cita que hace Mora de la revista *Calcio*, de Milán (marzo del 2001, N.º. 39), en cuyas páginas centrales aparece la foto del ecuatoriano Polo Carrera, mencionado «entre los más virtuosos futbolistas del siglo XX», lo que es verdad, a mi juicio. En efecto, incluso reconociendo las virtudes de «Moscovita» Álvarez, «Chompi» Enriquez, «Chanfle» Muñoz, el «Maestro» Raymondi, Jorge Bolaños, «Mafalda» Vázquez, el «Loco» Bal-Seca, Carlos y Otilino Tenorio, la «Fierita» Baldeón, «Ventarrón» Quiñónez, Salas, Saritama, el «Diablito» Lara, Polo Carrera están en lo alto de la pirámide, junto a Spencer y Aguinaga.

Lo anterior, que tiene que ver con el orgullo de ser coterráneos –y dentro de esto podría incluir a Juan Montalvo, Juan León Mera, Pablo Palacio, Humberto Salvador, José de la Cuadra, Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara, Alfredo Pareja Diez-Canseco, Adalberto Ortiz, Angel F. Rojas, (escritores admirables); Julio Jaramillo, Jefferson Pérez; los pintores Enrique Tábara, Oswaldo Viteri, Guayasamín, Araceli Gilbert, Eduardo Kingman, Manuel Rendón; el tenista Andrés Gómez; los poetas Olmedo, César Dávila Andrade, Alfredo Gangotena, Juan Bautista Aguirre, Carrera Andrade, Adoum, Cazón Vera, la pesista Alexandra Escobar, el billarista Galo Legarda; los ajedrecistas Carlos Matamoros y Martha Fierro, y varios más–, me remiten a esa sensibilidad que hace posible esa forma de conocimiento que es la expresión estética, esa comunicación que se da en la literatura (en el arte en general) y en el fútbol (en el deporte en general) que, a diferencia de las fábulas apólogas, que enseñan pero aburren, son fábulas milesias. Que enseñan divirtiendo. Tal vez por eso el fútbol argentino sea cadencioso y vital como leer a Cortázar; el uruguayo sea rudo y oscuro como Onetti, el alemán espeso y aburrido como *El rodaballo*, el brasileño alegre y versátil como *Macunaima* o *Doña Flor y sus dos maridos*, el peruano fluctúe entre la solvencia técnica, la solidez de Vargas Llosa (en sus grandes momentos), y el virtuosismo e inconsistencia de Bryce Echenique, el colombiano entre el toquecito justo de

*Crónica de una muerte anunciada* y la exuberancia de *Cien años de soledad*, y el ecuatoriano sea aplicado y laborioso, ordenadito como un micrograma de Carrera Andrade.

Esta identificación, este «modo de ser» se expresa en el fútbol de una manera más marcada que en cualquier otro deporte sobre la tierra. Tal vez por eso el autor de *El mito de Sísifo* y *El extranjero* no tiene la menor duda al decir: «Después de muchos años en que el mundo me ha permitido tener muchas experiencias, lo que sé con más certeza respecto a la moralidad y las obligaciones se lo debo al fútbol», y un hincha bonaerense, al contestarle el gran director técnico argentino Carlos Bianchi que el fútbol era lo de menos, que lo que importaba era tener un país mejor, le replicara: «Lo que pasa es que Boca puede darme alegría, Argentina no».

No se trata, desde luego, de convertir al fútbol en una cortina de humo para eludir los desniveles y las injusticias sociales (lo que ha manejado con eficacia por la derecha, según observa Jorge Valdano, citado antes) ni de satanizarlo, como hizo la izquierda durante muchos años en sus «sesudos» análisis, sino de reconocerlo como fenómeno cultural e identitario, como espejo en el que las mayorías descubren y rescatan sus propias realidades y virtudes.

Es evidente, por ejemplo, que el fútbol es una forma de salir de la miseria para los más pobres —esos que tienen que abandonar el país porque no hay trabajo y se mueren de hambre—, así como de adquirir notoriedad —una aspiración individual enteramente justa, aunque ni remotamente solucione la inequidad social del país—, que son negros —los más discriminados y empobrecidos pobladores del Ecuador— los que conforman la mayoría de los equipos del campeonato nacional, pero también que todo un pueblo (lo que incluye a los miles de emigrados de hoy en España e Italia y desde años atrás en los Estados Unidos) se identifica con una selección del Ecuador cuyo 70%, por lo menos, es de negros, con lo que, sin darnos cuenta, superamos nuestro hipócrita racismo y aceptamos uno de los más importantes componentes de nuestra unidad en la diversidad racial y cultural. Esto, en una población en la que el que no tiene de inga (indio) tiene de mandinga (negro), es tremendamente valioso. En la selección son igualmente motivo de orgullo el «güero» (rubio) Alex Aguinaga, que los «niches» (negros) Iván Hurtado, Edison Méndez, Ulises de la Cruz, Otilino Tenorio o los «cholos» (mestizos) José Ceballos, Obregón, Saritama o Baldeón. Y son ejemplos de solidaridad humana Iván Hurtado con su

fundación para ayudar a la niñez de su natal Esmeraldas y el Tin Delgado con la suya en favor de la población del pueblo del valle del Chota en que nació, lo que le da la razón a Albert Camus respecto a su aprendizaje sobre «la moralidad y las obligaciones».

Decía José de la Cuadra, el autor de *Los Sangurimas* (Cenit, Madrid, 1934) –según el chileno Fernando Alegría (*Nueva historia de la novela hispanoamericana*, Ediciones el Norte, Hanover, N.H., USA, 1986) «precursora del moderno tremendismo español»–, que la literatura que hicieron él y sus contemporáneos era «capitalmente veraz», y que de esa veracidad se derivaba su sentido y su tendencia. Eso es lo que he intentado en esta aproximación al fútbol como hecho social y cultural, sin negar lo malo que conlleva (cosificación y explotación del jugador, el negocio multimillonario que significa como espectáculo directo y televisivo, la violencia que en ocasiones genera, su condición de válvula de escape para las tensiones sociales, y un largo etcétera), pero reconociendo sus virtudes básicas como factor identitario, espejo de las virtudes latentes de un grupo humano, elemento de integración, tumba de prejuicios y de negatividades, fuente de autoestima social, etcétera, lo que nos hace caminar por el filo de la navaja de una realidad que no por sinuosa y contradictoria podemos ni debemos negar, y sin ocultar, por supuesto, que se trata de una visión «actual», esa que muestran los grandes medios de información masiva y no puede ocultar, sin embargo, las «intrahistorias» que mueven al mundo.

«Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol (sic) y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la historia», puntualiza Unamuno (*En torno el casticismo*), en contraste con los que «meten bulla en la historia».

En este entendido, no me interesa pensar al fútbol en su aparataje mercantil y mediatizador o en las élites (Ronaldo, Havelange, Owen, Figo, Verón, Rivaldo, el Real Madrid, los pentacampeones mundiales o la Première Ligue) sino en la dimensión intrahistórica, en la cotidianidad de los hombres sin historia que llenan los estadios y copan las pantallas de la televisión.

Sin embargo Jorge Valdano, un hombre que llegó a estas élites, es capaz de contar que «(...) Roberto Arlt tenía 29 años cuando fue a un partido por primera vez», y que, ubicado «en un asiento de privilegio,

llamó su atención el agua que caía del alto del estadio, hasta que un espectador le aclaró que eran ciudadanos argentinos que dentro de la Constitución hacían sus necesidades desde las alturas». Y puede luego añadir: «Consuela pensar que en los estadios (en Sudamérica más) es allá arriba donde hierve la pobreza. Sólo eso consuela. Es que esta sociedad sólo invierte (trastoca) en la anécdota la difundida y tan actual ley del gallinero, según la cual la gallina de arriba caga a la de abajo» (ahora ni eso, porque en los estadios postmodernos, de fin y principio de siglos, se incorporaron las «suites», lugares en lo alto, de propiedad privada, para la clase privilegiada, pero sí se dio, en cambio, en el estadio Modelo de Guayaquil, la rechifla más estruendosa y unánime de la historia del país, contra Camilo Ponce Enríquez, responsable de la matanza del 3 de junio de 1959 en el puerto.

Camus, por su parte, tras enfatizar que lo que más sabe «acerca de la moral y las obligaciones de los hombres» se lo debe al fútbol, llama a preservarlo. «Preservemos», dice, «esta gran y digna imagen de nuestra juventud».

Y tiene razón: todos, hasta los muy viejos, debemos defender nuestras áreas lúdicas y los sueños, los vestigios de esa inocencia perdida y anhelada, tal vez inexistente pero cierta, una vez más en juego en el mundial de fútbol de Alemania, en estos tiempos de emigraciones masivas a España e Italia desde esta tierra en la que el hijo malo medra y triunfa adentro y «el hijo bueno se le muere afuera».